

# **Paisajes sublimes**

El hombre ante la naturaleza salvaje

## Introducción

Existen lugares que la mayoría de los hombres han evitado durante milenios y ante los cuales han experimentado temor y espanto: las montañas, los océanos, los bosques, los volcanes, los desiertos. Inhóspitos, hostiles, desolados, evocan la muerte, humillan con su amplitud, amenazan con su poder, recuerdan a cada cual su pasajera y precaria existencia en el mundo.

Sin embargo, desde principios del siglo XVIII estos *loci horridi* empiezan a ser frecuentados de forma deliberada y percibidos como «sublimes», dotados de una belleza más intensa y seductora. Esta radical inversión del gusto no tiene, con todo, una relevancia exclusivamente estética: implica un nuevo modo de forjar y consolidar la individualidad gracias al desafío lanzado a la grandeza y al dominio de la naturaleza. De este enfrentamiento brota un inesperado placer mezclado con terror que, de manera ambigua, por un lado refuerza la idea de la superioridad intelectual y moral del hombre sobre el universo entero y, por otro, contribuye a hacerle descubrir la voluptuosidad de perderse en el todo.

La dulzura de este naufragio ¿es consecuencia de la percepción de la mayor consistencia que logra el yo inmunizándose contra peligros potencialmente letales, o bien de la disolución de la «individualidad» en el «gran mar del ser»? Y luego: lo sublime ¿es una variante estética del aprendizaje al que toda persona tiene que someterse para dominar sus propias angustias e integrarse en una realidad extraña y enemiga?

Al hacer de palanca para elevar a las personas por encima de su animalidad instintiva, lo sublime desarrolla, sin duda, algunas funciones específicas: impide que se entreguen a la banalidad cotidiana, cultivándolas y haciéndolas más proclives a experiencias inte-

lectuales y emotivas profundas; entra en los pliegues de una familia más extensa de estrategias educativas elaboradas por el humanismo europeo; concreta el intermitente y vago presentimiento de que la vida no se reduce a la mediocridad o a la sola dimensión política; reafirma la dignidad del individuo frente a la sospecha de su propia insignificancia y a la dolorosa perspectiva de su indefectible desaparición; hibrida la trascendencia con la inmanencia, haciendo que los tradicionales atributos de Dios (la infinitud y la omnipotencia) desciendan del empíreo de las abstracciones teológicas a la naturaleza percibida por los sentidos.

A la más rigurosa indagación del recorrido teórico e histórico de lo sublime por las etapas más significativas y las coyunturas menos obvias seguirá –como un extenso *largo* musical– la topografía de sus lugares, con amplios testimonios y coherentes reflexiones sobre los motivos de su progresivo descubrimiento y valoración. Al conferir a los paisajes terrestres la importancia anteriormente asignada a la visión beatífica del firmamento, las cumbres nevadas, los mares tempestuosos o los desiertos estériles devienen sitios reales o imaginarios en los cuales los poetas, filósofos y exploradores pueden poner a prueba su nobleza de ánimo y sus dotes de resistencia al peligro. Miedo y aventura muestran una vez más cómo el frágil ser humano –siempre expuesto al fracaso y a la caducidad, siempre en marcha de lo conocido a lo desconocido– es capaz de triunfar sobre obstáculos que se antojaban insuperables. Al sacar fuerzas que no sabía que tuviera, aumenta su autoestima y se ve inducido a plantearse aquellas grandes preguntas sobre su propia existencia en el cosmos que el pudor o la negligencia le impiden normalmente formularse (cuestiones probablemente imposibles de resolver, pero inagotables fuentes de pensamiento, imaginación y emoción).

Después de haber tocado el cenit, las teorías y la sensación de lo sublime conocen un eclipse en el momento en el que parece invertirse el equilibrio de fuerzas: cuando la humanidad occidental cree haber empezado a derrotar a la naturaleza inmensa y espantosa desvelando sus secretos ocultos y sojuzgando sus energías rebeldes. Lo sublime se traslada entonces, cada vez más, de la naturaleza a la historia y de la historia a la política. Se quiebra la percepción

del engaste de las vicisitudes humanas en el cosmos y se atenúa el esfuerzo por lanzarse hacia lo alto por medio de la naturaleza. La sustancial satisfacción de las necesidades humanas más elementales, la tendencia a consumir ávidamente la vida concedida y la soñada, la búsqueda de un placer puro, no mezclado con sufrimiento, parecen debilitar en muchos este impulso.

Aunque los avances de la técnica, la difusión del turismo de masas y los estragos en el paisaje han embotado el sentimiento de lo sublime, sustrayéndole parte de los ingredientes esenciales constituidos por la incertidumbre y el miedo, hoy existen factores que favorecen su renacimiento. La hegemonía de la técnica, en realidad, ha hecho patética o criminal la lucha contra una naturaleza ofendida, herida y transformada, al menos en nuestro planeta, en una *mater dolorosa* (lo que provoca en nosotros un agudo sentimiento de culpa). Además, después de que las primeras expediciones interplanetarias han desgarrado la placenta protectora de la biosfera terrestre, el espacio sideral ha abierto a la humanidad nuevas fronteras de lo sublime. Cuando la mirada se desvíe, en parte, de los problemas más acuciantes de la Tierra –si lo hace–, la perspectiva de la expansión hacia otros mundos inaugurará tal vez una epopeya análoga a la promovida por el ciclo de exploraciones del globo terrestre en los comienzos de la Edad Moderna.

Mirando hacia delante y volviendo a reflexionar sobre estos acontecimientos, ¿qué puede enseñarnos aún lo sublime a la luz de las transformaciones que ha experimentado nuestra relación con la naturaleza, y, como reflejo, con nosotros mismos?